



JULIO BARRENECHEA

POEMAS  
DE  
COLOMBIA  
Y  
DEL SER

Biblioteca "Centenario del Banco de Colombia"

Bogotá, D. E. 1.977

# CONTENIDO

Página

Diplomacia y Poesía .....	1
---------------------------	---

## I

### Poemas de Colombia

Niña en Flor de Colombia .....	15
La Negra del Zahumerio .....	17
Bogotá Nuestra .....	21
Nacimiento de María Eugenia .....	23
Catedral de Manizales .....	25
Cali .....	27
Llanto de Bertha Garrido .....	29
Villa María .....	31
Mujeres por los Caminos de Colombia .....	33
Rosa Bogotana .....	35
Chile Canta a Colombia .....	37

### Cartagena Cantada

1- Canta la Sombra .....	41
2- Canta la Piedra .....	42
3- Canta el Mar .....	43
4- Canta el viento en la Palmera .....	44
5- Canta el Hombre .....	45
Salto del Tequendama .....	49
Minas de Zipaquirá .....	51
La Casa de Efraín .....	53
Tarde de Bolívar .....	55
Martha Elena de Antioquia .....	57

## II

### Selecciones del Libro "Estados de Animo"

I	65
III	66
IV	67
VIII	67
XI	68
XIV	69
XVI	69
XVII	70
XVIII	70
XX	71
XIV	72

## III

### Selecciones del Libro "Voz Reunida"

Cueca	77
Misa	79
Compatriota Mar	81
Las Raíces	83
Mudanzas	85
Lo Pasado	87
Grave Cosa	89
La Esperanza	91
Dios Tuvo un Hijo	93

# DIPLOMACIA Y POESIA

Por Sergio Jarpa

· Don José Antonio Soffia, fue un poeta lírico, singularizado por la delizadeza de su poesía romántica y sentimental. Toda una época fue influenciada por su estilo, y sus libros de poemas, "Hojas de Otoño" y "Las Cartas de Mi Madre", merecieron el elogio entusiasta de los círculos literarios de Chile y el continente.

En enero de 1881, Soffia fue designado ministro de Chile en Colombia. En Bogotá fue recibido con la cordialidad tradicional de la sociedad colombiana, y pronto se incorporó a esa pléyade de escritores y poetas que, ya desde entonces, destacaban a Colombia como la nación cimera de las letras hispanoamericanas.

Y así, el ministro de Chile fue partícipe en las tertulias o mosaicos literarios, en que se reunían José Caicedo Rojas, Ricardo y Rafael Carrasquilla, Diego Fallon, Diego de Guzmán, Tomás Herrán, Jorge Isaacs, Emiliano Isaza, José Manuel Marroquín, Carlos Martínez Silva, Rafael Merchán, José Joaquín Ortiz, Rafael Pombo, Gonzalo Ramos Ruiz, Carlos Sanz Echeverría, Rafael Tamayo y Miguel Antonio Caro. Algunas de estas tertulias se realizaban en su casa, y todos los concurrentes debían aportar a ellas un poema, compuesto según las bases o temas que para cada ocasión se establecían.

La naturaleza variada y exuberante, la belleza y multifaz del paisaje colombiano, cautivaron el alma del chileno. Y allí han quedado los poemas que dan testimonio de su sentir. El más conocido es, tal vez, aquel titulado "Las Dos Hermanas", en que sitúa el tema romántico y trágico de un amor tronchado por la muerte, en el escenario grandioso del río Magdalena.

Estrofas de este poema se cantan en Chile y en Hispanoamérica, sin recordar, generalmente, quién escribió sus versos, y a qué río se dirige la admonición:

“ ¡Qué grande que viene el río!  
¡Qué grande se va a la mar!  
Si, lo aumenta el llanto mío  
¡Cómo grande no ha de estar . . . . .!  
    ¡Río. . . . . !río. . . . . !  
¡Devolvédme el amor mío  
que me canso de esperar!

¡Qué triste susurra el viento!  
¡Parece ausencia llorar . . . . . !  
¡Si él repite mi lamento!  
¡Cómo triste no ha de estar. . . . . !  
    ¡Río. . . . . ! irío. . . . . !  
¡Devolvédme el amor mío  
que me canso de esperar . . . . . !

Ante el salto del Tequendama, Soffia agradece a Dios por tanta belleza:

“Gracias ¡Oh Dios! ya vi la maravilla  
digna de Tu grandeza y de su fama!  
¡Del hondo precipicio ante la orilla  
contemplé despeñarse el Tequendama. . . . !

Y quiere ver en esta maravilla de la naturaleza, la imagen misma de Colombia:

“ ¡Iris, imagen de Colombia. . . . ! Es ella  
quien al prodigio abraza con decoro  
y quien cubre su faz esquiva y bella  
con su manto de azul, púrpura y oro”.

Cinco años vivió José Antonio Soffia en Colombia. Murió en Bogotá el 11 de marzo de 1886, a los 43 años. El diplomático había servido con inteligencia las relaciones entre ambos países, y el poeta había cantado con el corazón henchido de romanticismo a la hermosa nación colombiana.

(Amigos poetas, me han noticiado aquí lo siguiente: dizque la figura romántica y la poesía sentimental de José Antonio Soffia, despertaron el arrebatado amor de una niña bogotana, que enloqueció de dolor cuando murió su amado. Muchos años después, una mujer trastornada recorría las calles de la ciudad mirando fijamente a los transeúntes, buscando entre la multitud el rostro del poeta. Ya casi nadie recordaba quién era. Simplemente la llamaban "la loca". Personaje de drama o de sainete, se engalanaba con los mismos trajes y sombreros de la época en que vivió su romance).

Pasaron sesenta años, y Julio Barrenechea vino a Colombia como embajador de Chile. El mismo recuerda su arribo: "Al llegar a Colombia me encontré con una impresionante novedad: yo había llegado antes. Los poetas colombianos me conocían, me recibieron en familia. Mi poesía era como la de ellos, con el grupo "pedrazielista" renovando la imagen pero conservando la claridad y la forma, sin practicar el obscurantismo obligatorio y el caos de minoría, tan de moda entre los genios y pregenios nuestros

Julio Barrenechea, aunque mucho más joven, pertenece a la misma generación poética de Vicente Huidobro, Gabriela Mistral, Pablo de Rokha y Pablo Neruda.

Si Huidobro fue el vanguardista que rompió los cánones tradicionales. Si Gabriela realizó el milagro de construir con los materiales más sencillos la poesía más sublime. Si Neruda fue el poeta cósmico y torrencial y de Rokha, el tonante avasallador; Barrenechea es el poeta que trasciende e interpreta las circunstancias del ser, la intimidad y el contorno, y sabe encontrar en la naturaleza y en los acontecimientos, un ritmo y una armonía que lo llevan a una actitud casi oriental, como esperando siempre que la Providencia muestre sus designios superiores. "Mi poesía, como mi vida, ha sido un camino hacia la muerte", ha confesado él mismo.

Pero no nos equivoquemos dando un significado pesimista a ésta definición. Julio Barrenechea es el hombre

vital, amistoso y expansivo; sólo en sus versos ha reflejado, a veces, sin rebeldía, el impacto del sufrimiento interior. Su poesía fina, transparente, musical, traduce la alegría, el entusiasmo que en su alma inclinada a la bondad, originan la belleza, la amistad, la nobleza y las causas justas.

“En Colombia —ha dicho Barrenechea— viví intensamente, no en la oficina sino en todo su verde mundo. Recorrí su paisaje geográfico y social, anduve por su alma, asistí a hechos históricos y dramáticos, y coroné esa época con una renuncia en defensa del derecho de asilo”.

El país, las ciudades y las gentes de Colombia, le inspiraron alguno de sus más bellos poemas, Barrenechea, como José Antonio Soffia, admira la belleza del Salto del Tequendama:

“Allí encontré de nuevo,  
solitario, imponente,  
al desmedido rey  
de frenética espuma”.

La Catedral de Sal le impresiona vivamente; siente “la presencia de Dios entre las sombras” de la inmensa nave en penumbra, y dice la última estrofa de su poema “Zipaquirá”:

“Allí en Zipaquirá de nuevo he estado  
concentrado en la gracia de estar vivo,  
y de sentir que muero, resucito  
entre las sombras del salado brillo”.

El poeta viaja por la tierra de Colombia recogiendo todo el encanto del paisaje, las escenas populares, la tradición de su arquitectura. En “Semana Santa en Popayán”, nos describe a “La Negra del Zahumerio”:

“Como si no se moviera,  
ni despacio ni ligero,  
hay que ver, entre dos Pasos  
a la negra del Zahumerio”.

En "Bogotá Nuestra", canta a la ciudad capital:

"Ciudad con el secreto de cerradas ventanas,  
y de añejos rincones, donde el pasado habita.  
Ciudad de los paisajes eglógicos y urbanos,  
donde el campo se asoma en frecuente visita".

Nos habla de la Catedral de Manizales, reconstruída por el pueblo; y nos lleva de viaje por Cali:

"De la caña te llega la dulzura,  
y de la orquídea el alba de tu aureola".

En "Cartagena Cantada", nos hace penetrar en la piedra y en la historia de la Ciudad Heróica:

"Oh sombra, Oh piedra, Oh mar, Oh viento en la  
palmera  
soy el hombre asombrado en la antigua ciudad,  
Oh, Cartagena de Indias, duro pecho de América,  
Ciudad sin tiempo, Diosa, Madre de Eternidad".

Las mujeres colombianas tienen su sitio en la obra poética de Barrenechea, en "Mujeres por los campos de Colombia", ve pasar a las campesinas al mercado, llevando sus canastos:

"Entre la yuca de los grandes dedos  
y la mano dorada del banano".

Y en el poema "Rosa Bogotana", nos cuenta algún secreto:

"Oh, rosa de Santa Fe,  
nadie lo ha sabido, nadie,  
¿Qué recuerdo se me ve,  
que el silencio no me vale?".

Al hidalgo del campo colombiano lo recuerda así, en la figura del padre de Bertha Garrido:

"Se levantaba por su verde tierra  
cuando la lenta estrella se acostaba,



y no daba su frente con el cielo  
sino cuando la sombra descollaba.

Los hombres de su tierra le temían  
la gente de su tierra lo adoraba  
por su pecho tan ancho como el día  
todo el Valle del Cauca le cruzaba

Tan alto, tan hermoso, tan entero,  
lo mismo para el sol o el aguacero”.

La amistad es otro de los temas en la poesía colombiana del poeta chileno. En la última estrofa del poema dedicado al médico doctor Efraín Cabrera, Barrenechea describe la ilimitada amistad que encontró en Colombia:

“La casa de Efraín no tiene límites  
y la amistad es su única medida.  
La casa de Efraín es casa suya.  
La casa de Efraín es casa nuestra  
La casa de Efraín es casa mía”.

La influencia literaria de Colombia en Chile ha sido profunda y variada. Ningún estudiante ha dejado de leer y de soñar con “La Vorágine”, ningún joven romántico dejó de suspirar por “María”; ninguna mujer chilena ha dejado de sentir la emoción y la melancolía de aquella noche “toda llena de murmullos, de perfume y de música de alas”.

La obra poética del maestro Guillermo Valencia es bien conocida, y apreciada su poesía de corte clásico, fina, elocuente y diáfana. Y, a través de la corresponsalía poética de Julio Barrenechea, y de su entrañable afecto por Colombia, arribó a nuestra tierra la obra poética y literaria de don Rafael Maya, León de Greiff, Arturo Camacho Ramírez, Eduardo Carranza, Rafael Pombo, Julio Flórez, y de su dilecto amigo Oscar Echeverri Mejía. Así pues, Barrenechea no sólo ha cantado la amistad y la belleza de Colombia, sino que ha abierto para la juventud chilena el colorido horizonte de la poesía colombiana.

Desde los albores de nuestra vida independiente insignes colombianos han representado a su país en Chile. El primero fue don Manuel María de Mosquera, en 1821, ante el gobierno del general O'Higgins. Después, su hermano, el general Tomás Cipriano de Mosquera, don Manuel Ancízar, don Justo Arosemena, don Pablo Arosemena, don José María Samper, don Francisco Olaya.

Después han ido a Chile destacados diplomáticos, juriconsultos, miembros de las Fuerzas Armadas, políticos y periodistas.

Ilustres varones colombianos no sólo conquistaron el aprecio y la estimación de Chile, sino que, además, el corazón de distinguidas damas chilenas. Una de ellas acompañó y ayudó a su esposo en una brillante trayectoria en el periodismo y la política, y lo secundó con sobriedad y señorío en el desempeño de la Presidencia de la República.

Todos han atado los firmes lazos de una solidaridad que está por encima de discrepancias políticas circunstanciales o de distintos modelos de desarrollo económico, porque corresponde a impulsos más profundos, que emanan de la historia, la geografía, la cultura y la identidad de propósitos de dos naciones de la misma estirpe.

Chile se ha hecho representar en Colombia no sólo por sus ministros y embajadores, sino que, además, por diferentes misiones que han venido a testimoniar con su presencia y colaboración la vigencia de una hermandad de origen y destino. En 1907 vino la Misión Militar de Ahumada y Guillén. Dos años después, la de Francisco Javier Díaz, Pedro Charpin, y del general Puga. En aquella misma época, llegó la Misión Naval dirigida por el capitán Alberto Asmusen. Más tarde vinieron misiones de educadores, de marina mercante; de carabineros de Chile, de científicos, de profesores de Educación Física y de maestros de Equitación.

Jóvenes chilenos estudiaron en Colombia, y colombia-

nos han cursado sus estudios en universidades y academias militares chilenas, profesionales, empresarios y técnicos de ambos países trabajan hoy en tareas y empresas comunes de desarrollo social, de investigación, de producción y comercio.

Así pues, son múltiples y distintas, antiguas y actuales las vinculaciones de Colombia y Chile. Muchos han puesto su inteligencia y su empeño al servicio de ésta hermandad; pero han sido, sin duda, escritores y poetas quienes han calado más hondo en el alma de nuestras naciones. Y cuando los nombres de tantos estadistas, políticos, diplomáticos o militares, vinculados a nuestras relaciones, se alejan en el transcurrir del tiempo, sigue vigente entre nosotros, con renovada presencia, la imagen de aquellos que interpretaron con palabra encendida o encantada, los sentimientos y afinidades que nos hermanan.

En octubre de 1.976, pocos días antes de salir de Santiago para venir a Bogotá, Julio Barrenechea, con quien me une una larga amistad y comunes propósitos de nacionalismo chileno o Iberoamericano, me entregó el poema "Chile Canta a Colombia", que empieza con esta ofrenda :

"Toma este eterno ramo de nieve  
y estas cintas de mar azul,  
te los manda, Colombia amada,  
el lejano país del Sur".

Y así continúa:

"Mi sangre entera y entonada  
con el amor de su canción,  
quiere, Colombia, entrar cantando  
hasta tu verde corazón.

Deja que corra por tu Valle  
apacentando en su color,  
Y que la aromen en tus montes  
los platanales de tu sol.

Que pase dulce por tu caña,  
y se mire en el arrozal.  
Que entre cantando con asombro,  
a la ojiva de tu sal”.

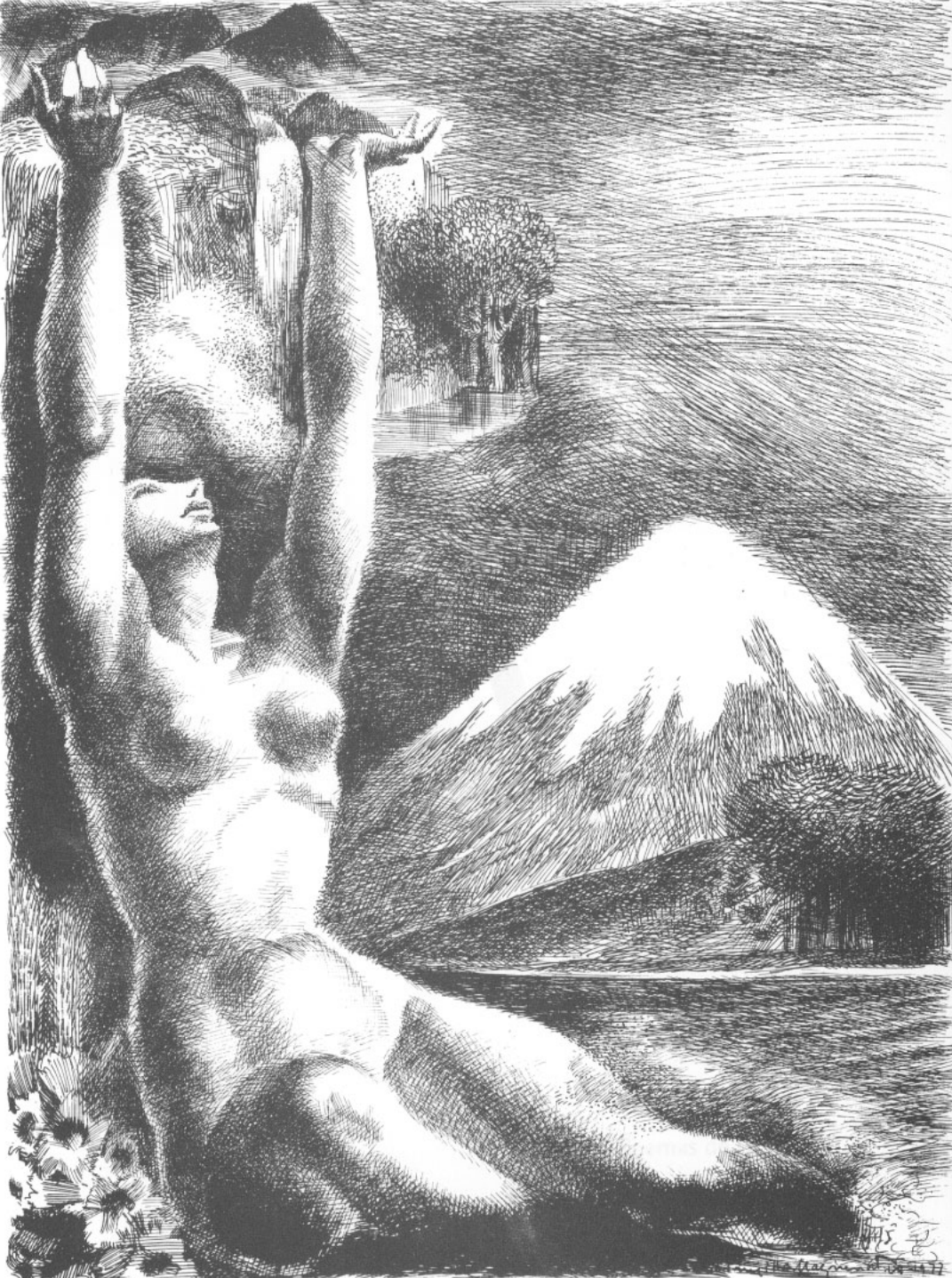
Y dice en su parte final:

“Oye este canto que mi sangre  
desde mi vieja cordillera  
está cantando para tí.

Canto que llega, y desde lejos  
besa tu frente de esmeralda  
en tus montañas de perfil.

Canto que va de tierra a pueblo.  
Canto que va de cielo a flor.  
Canto que quiere dar su sangre  
al sueño del Libertador”.

Canto que entregué al presidente de la Academia Hispanoamericana de Letras, doctor Horacio Gómez Aristizábal, como testimonio de afecto y admiración de Chile a la nación colombiana.





“ Poemas de Colombia ”

# NIÑA EN FLOR DE COLOMBIA

A Myriam Sojo Zambrano

Yo traigo desde lejos, para decirte bella,  
una voz que ha crecido en otro mar distante,  
y que hoy llega a tu clara orilla de doncella  
como el viento del Sur a tu tierra fragante.

Golondrina de espuma, flor del tiempo que sueña,  
amapola despierta, catleya viva, malva.  
En medio de la Patria reunida destellas,  
como el brillo central de una gran esmeralda.

Que el gladiolo te ampare y la orquídea te guarde.  
Que el anturio señale con su dedo tu paso.  
Que las arpas marinas toquen todas sus sales.  
Que la luz te desborde como al oro en su vaso.

Que tu sangre se encienda floreciendo en los astros,  
si a lo lejos se mueren los mundos apagados.  
Que camines descalza como nube en el pasto,  
si el rocío es el cielo que ha caído en el campo.

Amanece en tus manos otro mundo más puro.  
Las cosas se deshacen en tu vago cristal.  
Oh, patriota del sueño! Oh, pastora del humo!  
Sombra blanca del agua, convertida en rosal.

Luz de plata en banderas, carrusel en el alba,  
corazón del diamante, tibio espacio y temblor,  
geometría de lino, oro fresco en la parva,  
manzanar en el viento, luna nueva en el sol.

Niña en flor de esta tierra, que hizo Dios con sus manos,  
repartiendo los ríos como ramos de agua,  
colocando los cerros como piedras en ramos,  
distribuyendo cielos como grandes campanas.

Eres el nudo bello de esta tierra que enlazas,  
como suma el perfume la fuerza de la flor.  
Que tu talle se cimbre para gloria del aire,  
aromando la vida con su sombra de amor.

Sabe a tu nombre el fresco paladar de los ríos,  
y te entonan los montes con sus voces espesas.  
Te cantan las ciudades y los pueblos perdidos,  
y es Colombia un espejo claro de tu belleza.

Pero callemos todos y escuchemos tan sólo,  
la voz inmensa y grave del mar, del hondo mar  
que levanta las joyas dormidas en su fondo  
hasta la luz dormida en tu frente floral.

Y entre el coro callado de la muda alabanza,  
recogidas las almas sólo para escuchar,  
Niña en flor de Colombia, en Cartagena de Indias,  
con sus perlas más finas te ha coronado el Mar.



## LA NEGRA DEL ZAHUMERIO

(Procesiones de Semana Santa en Popayán - Colombia).

Como si no se moviera,  
ni despacio ni ligero,  
hay que ver, entre dos Pasos,  
a la negra del zahumerio.

Blanca camisa de golás  
y colorada pollera.  
Todos de oro los collares  
y de plata las pulseras.

Toda de silencio oscuro  
como si del aire fuera.  
Como si el clavel y el humo  
a ella misma le crecieran.

Toda de espuma la enagua  
asomada en blanca rueda.  
Como si de ella surgiera,  
Venus vestida y de greda.

De sus albas mangas salen  
dos brazos como culebras.  
Uno para la bandeja  
y otro para la cadera.

Lleva en alto la bandeja  
con el fuego entre camelias.  
Y el fuego brilla y los ojos  
en la cara de la negra.

Y va caminando inmóvil  
perfumando las aceras,  
mientras el pueblo la mira  
tras el llanto de las velas.

Todo se mueve. Los Pasos,  
crujen de plata y madera.  
La doble fila de luces,  
con su apogeo de cera.

Los diamantes de la virgen,  
el peso de las cadenas,  
el río de rostros mudos  
entre las luces que tiemblan.

Y en el fondo de la calle  
sobre la Hermita que sueña,  
a escuchar los misereres  
se asoma la luna llena.

Pero la negra va inmóvil,  
entre los humos que aventa,  
y hace ya trescientos años  
que Popayán la contempla.

Y trescientos años hace  
que viene la misma negra,  
con su traje de Napanga,  
como si no se moviera.

Mientras lloran los violines  
y hay clarines lastimeros,  
y salen flores granates  
al hombro de los cargueros.

Gala de la devoción,  
ni despacio ni ligero.  
Miren en la procesión  
a la negra del zahumerio.

## BOGOTA NUESTRA

Oh, ciudad, tú que vives envuelta en una lágrima  
y a la vera de Dios pones la sien celeste,  
tienes en tu aire un vasto corazón de campanas,  
y una aureola de nubes en la dormida frente.

Te miro como a un puerto del cielo, y me recuerdas  
a mi Valparaíso parpadeando en la altura.  
A veces me parece que la noche se mece  
llenando de navíos la brillante herradura.

Yo aprendí la lección de la melancolía  
en la noble sonrisa de tu tristeza antigua.  
En tu sabana verde miré extenderse al Día,  
y contemplé a la sombra reunida en tus cimas.

Yo escuché en tu silencio mi interior melodía  
y sentía a tu eucaliptus perfumando la vida.  
Yo miré en tu penumbra mi corazón que ardía.  
Tu penumbra no es sombra sino luz recogida.

Ciudad con el secreto de cerradas ventanas,  
y de añejos rincones, donde el pasado habita.  
Ciudad de los paisajes eglógicos y urbanos,  
donde el campo se asoma en frecuente visita.

Ciudad de los naufragios violetas y dorados.  
Ciudad donde la luna sufre largos desvelos.  
Mi corazón te sigue con los ojos cerrados,  
como a un barco de rosas por los mares del cielo.

## NACIMIENTO DE MARIA EUGENIA

El mes de Mayo se iba como un Rey,  
arrastrando su manto por el tiempo.  
El alba florecía en nuestros ojos,  
y en cada cosa había un nacimiento.

Caían las palomas desde el cielo,  
como de un árbol blanco remecido.  
Era una nieve tibia reflejada,  
en los ojos abiertos del rocío.

La aurora con sus voces de colores  
en silencio cantaba, como en sueños.  
Y se escuchaba el diáfano celeste  
tras una melodía de destellos.

Se escuchaba la vida que venía,  
tan pequeña, tan sola, de la nada.  
Estaba todo en actitud de espera,  
mientras mi corazón ya la escuchaba.

Pequeña luz de estrella amanecida,  
en sus manos la trajo la mañana.  
Y de la nada apareció en la vida,  
como un nuevo paisaje en la ventana.

## CATEDRAL DE MANIZALES

De las antiguas torres, que el fuego abatió un día,  
la ceniza en la tierra cayó como simiente.  
Y de la ardiente ruina, como una mano fría,  
volvió a surgir la piedra hasta la eterna frente.

Una llama más pura que a las llamas vencía,  
se alzó entre tus escombros más alta y más potente,  
y a las muertas campanas volvió la melodía  
de los bronces de gloria y la plata doliente.

Hija tú de tus hijos, Madre de Manizales.  
Tu pueblo de la muerte te sacó, y tus heridas  
levantaron al cielo los brotes verticales.

Y hay aliento en tus piedras, luz de tu gente, vida.  
En tus muros se escuchan ocultos manantiales.  
Y hay un calor humano en tu divina huída.



## CALI

De fragancia y color alianza suma,  
intensa y reunida tu corola.  
De la caña te llega la dulzura,  
y de la orquídea el alba de tu aureola.

En tus barrios felices dentaduras  
encienden en las sombras sus farolas,  
y las ceibas sostienen con holgura  
tu cielo de metales y de aroma.

Gala del paladar, tropical jugo.  
Aire tibio de amor, cuerpos maduros.  
Agua del corazón, sangre de estío.

Eres muerte fugaz, yerba de olvido.  
Alegre muerte de dormir desnudo  
poniendo el sueño paralelo al río.

## LLANTO DE BERTHA GARRIDO

Bertha Garrido, yo escuché tu llanto,  
tu dolor mineral en melodía.  
Tu sal profunda vuelta dulce canto.  
Tu canto que de lágrimas venía.

Yo conocí a tu padre en tu alabanza.  
Nunca he visto una muerte estar más viva.  
De su hielo tu voz sacaba brasas,  
y el llanto en lento canto te caía.

Qué árbol cayó con el violento hachazo  
del leñador sin ojos y sin brazos.  
Tan alto, tan hermoso, tan entero,  
lo mismo para el sol o el aguacero!

Se levantaba por su verde tierra  
cuando la lenta estrella se acostaba,  
y no daba su frente con el cielo  
sino cuando la sombra descollaba.

Los hombres de su tierra le temían.  
Los hombres de su tierra lo adoraban.  
Por su pecho tan ancho como el Día  
todo el valle del Cauca le cruzaba.

De cuánta palidez fue menester  
para cubrir su majestad dormida.  
Que alabastro rendido el de su piel!  
Que belleza de sangre la perdida!

Que dos metros tan largos de madera  
para que su estatura se marchara.  
Manos modestas, fuertes y morenas,  
peleaban por cansarse con su carga.

Iba el dolor como dos alas negras.  
Iba el dolor abierto por el aire.  
Y Buga se sumía en sombra y piedra,  
como una viuda echada sobre el Valle.

## VILLA-MARIA

Desde el cerro te he visto, Villa María,  
tan solitaria y pura como una niña.  
Tu cereal vestido de fresca orilla,  
tus manos devanando la luz del día.

En tu rueca de tierra para hilar flores,  
visión de margarita, tus manos fieles  
pasan cosiendo aromas a los colores,  
para hacer los borlones de tus claveles.

Oh, vecina de Caldas, dulce vecina,  
los ojos se hacen suaves cuando te miran.  
Si cielo me volviera, yo pediría  
quedar sobre tus flores, Villa María.

## MUJERES POR LOS CAMINOS DE COLOMBIA

Como piedra en movimiento, como Diosas,  
las hijas de la tierra  
por los caminos de Colombia, solas.  
Con el negro mantón y con el blanco  
sombbrero como aureola.

Por los verdes caminos como ríos  
al oleaje frutal de los mercados,  
entre la yuca de los grandes dedos  
y la mano dorada del banano.

Por la tierra caliente, de colores,  
o la mortal altura de los páramos.  
Como un moreno friso de dolores  
frente a los infinitos panoramas.

Por los caminos de Colombia, solas,  
con la mirada llena de montañas,  
mientras las ve el café de ojos pequeños,  
o las comenta el grupo de las guaduas.

Con el negro mantón y con el blanco  
sombbrero como aureola,  
como se va la noche con su luna  
por los caminos de Colombia,  
sola.

## ROSA BOGOTANA

Qué te atrae a mi ventana,  
luz reunida, rosa Bogotá?  
Qué entiendes, secreta ayuda,  
piedad fragante, amiga clara?

Tu mirada de nativa  
llega a mi tristeza extraña,  
y más cerca de mis ojos  
te encuentro cada mañana.

De mi amistad con las rosas  
tenías noticias vagas,  
que en bondad de luz me miras  
como si me adivinaras?

Oh, rosa de Santa Fé,  
nadie lo ha sabido, nadie.  
Qué recuerdo se me ve,  
que el silencio no me vale?

## CHILE CANTA A COLOMBIA

Toma este eterno ramo de nieve  
y estas cintas de mar azul.  
Te los manda, Colombia amada,  
el lejano país del Sur.

Toma esta estrella solitaria,  
y bebe el vino de su luz.  
Su racimo de cristal crece  
en las altas viñas del Sur.

Toma esta luna de mi Pampa  
que en el salitre se ha crecido.  
Y toma el sol de mis mineros,  
el negro sol, frío y hundido.

Toma mis montañas sagradas  
y mis lagos de ojos dormidos.  
Y el corazón de mis volcanes  
que guarda el fuego en su latido.



Toma mi Sur de húmedo pecho  
acuchillado por los ríos,  
y mis manzanas modeladas  
por los dedos del viento frío.

Toma mi frente solitaria  
entre los témpanos perdidos.  
Y mi alma que abre su plumaje  
en las velas de mis marinos.

Mi sangre entera y entonada  
con el amor de su canción,  
quiere, Colombia, entrar cantando  
hasta tu verde corazón.

Deja que corra por tu Valle  
apacentando en su color.  
Y que la aromen en tus montes  
los platanales de tu sol.

Que corra abierta por tus llanos  
como por sobre un duro mar.  
Y que tu río le de el lecho  
de agua bordada y forestal.

Que saborée tus mercados  
con su disuelto paladar.  
Que la sorprendan tus orquídeas  
con su viva inmovilidad.

Que pase dulce por tu caña  
y blanquee en el arrozal.  
Que entre cantando con asombro  
a las ojivas de tu sal.

Que sueñe sola entre las piedras  
de tus ciudades de otra edad.  
Y que corra en tus templos de oro  
al borde de la eternidad.

Oyeme, tú, Colombia amada,  
verde columna, encabritada

tierra dura de caminar.  
La soledad quiso tenerte,  
pero amoroso el aire te une  
mientras la altura se consume  
por arrancar tus pies del mar.

Oye este canto que mi sangre  
desde mi vieja cordillera  
está cantando para tí.  
Canto que llega, y desde lejos  
besa tu frente de esmeralda  
en tus montañas de perfil.

Canto que va de tierra a pueblo.  
Canto que va de cielo a flor.  
Canto que quiere dar su sangre  
al sueño del Libertador.

# CARTAGENA CANTADA

## 1

### CANTA LA SOMBRA

Ciudad más que las otras, tú eres mía.  
Tu flor de piedra nace en mis entrañas.  
Soy madre de la luz, raíz del sol, fuente del día,  
y mis oscuras lenguas te acompañan.

Soy la sombra, la eterna sombra,  
la elegida de Dios para su cuna,  
la inmensa soledad, la que vivía  
cuando Dios era ciego.

Desde mi cinto el día surgió como una espada,  
y por la cruz del Sur mi frente es persignada.

Soy la oscura semilla del espacio.  
Soy la pródiga nada.

Y con mi voz te canto, ciudad de mis tinieblas,  
con mi infinita voz de coros muertos,  
con mi nocturna voz mayor que el tiempo,  
como el viento más negro entre árboles floridos.

Yo te canto ciudad porque vienes de lejos,  
adusta, caminando por entre vagos siglos,  
próxima de mi cuerpo, de la nada.  
Tú vienes desde lejos y en tu sombra, ciudad,  
la sombra de la nada puso la eternidad.

## 2

### CANTA LA PIEDRA

Soy la piedra hecha de tiempo, soy tiempo duro,  
yo soy el talón del tiempo, del tiempo mudo.  
Yo te dí, ciudad, mis brazos de fuertes muros,  
yo te dí mi fresca fuerza, leche y escudo.

Yo me empapé en tu sangre, porque era mía  
la sangre de alas rojas que te corría.  
Tú eres hija de piedra, piedra sufrida,  
igual ante la muerte o ante la vida.

La piedra es el silencio de los dormidos  
cuando no hay alba nueva que los despierte.  
Sobre las piedras corren los grandes ríos,  
igual ante la vida o ante la muerte.

En mis ojos cerrados no se vé el tiempo,  
mi ceniza es pesada para su viento.  
Por eso, con mi dura sangre ciudad,  
yo puse en tus murallas la eternidad.

## CANTA EL MAR

Soy el viejo varón de verde barba,  
de blanca espuma antigua y sal azul.  
Cantan mis tempestades y me labra  
mis hondos peces la profunda luz.

Mi sangre es el movimiento que no llega  
nunca al final de la total quietud.  
Soy el solemne mar que fuerte llena  
su bella ancianidad de juventud.

Yo a la ciudad le dí la fuerte vida,  
abriendo mis caminos a la muerte.  
Muerte que sólo la dejaba herida,  
dándole sangre de la vida fuerte.

Besos de eternidad eran las olas  
de mi boca deshecha a la ciudad.  
Y a mi pecho volvían olas rojas,  
cambiando sangre por eternidad.

Con mi viejo movimiento azul y verde,  
que nunca llega a la total quietud,  
a la ciudad le dí lo que me muerde  
mi enmarañado pecho verde azul.

Yo le dí mi batalla submarina  
que rompe en olas su tenaz furor.  
Le dí este renacer que no termina,  
con más poder que el tiempo y el dolor.

De entre mis aguas como grandes ruinas  
de espuma destruída y soledad,  
te dí ciudad mi fuerza azul marina,  
te dí mi corazón, la Eternidad.

## CANTA EL VIENTO EN LA PALMERA

En la palmera trepado  
no he visto al tiempo pasar.  
Yo soy un péndulo verde.  
Reloj de la eternidad.

Peso me dieron blasfemias,  
y ligereza al cantar.  
Canciones del mar venían.  
Lamentos, de la ciudad.

Se me doblaban las alas  
con maldiciones del mar,  
o en la música mojaba  
mis plumas de tempestad.

Entre las jarcias temblando,  
moviendo la oscuridad,  
fuí capitán de piratas  
por entrar a la ciudad.

Yo levantaba las olas  
como jaurías de espuma,  
y empuñaba en el espacio  
mi alfanje de media luna.

Y volvía a la palmera,  
dorado por la ciudad,  
mientras la sangre sin venas  
iba cayendo en el mar.

Entre la piedra y el agua  
no he visto al tiempo pasar.  
Y me late el pulso verde  
con sangre de eternidad.

## CANTA EL HOMBRE

Ciudad, ciudad cantada, déjame que te sueñe,  
entre todas las cosas yo soy el que se muere.

Pero viven las sombras, y las veo en la arena,  
o en las piedras pacientes, o en el hálito frío  
de hundidos calabozos,  
donde se oye el oleaje de arrastradas cadenas  
como el ruido del mar.

Ciudad, más que mirada, pareces recordada.  
De espaldas voy, inmóvil, a través de los siglos,  
y estoy aquí en tus torres, y en este mismo sitio  
pudo estar un soldado, o un pirata, o un muerto,  
o un prisionero pálido.

Mirad las grandes piedras sobre los negros hombros.  
Oh, la fértil dureza de ignoradas canteras  
alzándose en murallas, como marea firme,  
mientras entre alaridos sangra la negra grey.  
Mirad como por verlas, sobre las largas aguas,  
volaba desde España, la mirada del Rey.

El oro narpadeaba detrás de las murallas,  
sonreían las perlas, los brillantes miraban,  
la plata se bañaba en los hondos espejos,  
tras de las celosías las sombras se esfumaban.

Los patios, ah los patios, corazones del sueño,  
donde los arcos ponen al silencio sus cejas,  
patios donde las tenues claridades nocturnas  
pulían los marmóreos rostros de las marquesas.

Negra carga volcada sobre la arena clara,  
dolor de mancha oscura, quién lo ayuda a llorar?  
Qué corazón se vierte? Qué lágrima lo ampara?  
Quién viene caminando por la orilla del mar?

Un olor a clavel trae el viento marino.  
La voz de los esclavos solloza: Es él! Es él!  
Aparece en el aire un destello ambarino,  
y esculpido en el viento llega Pedro Claver.

Miradlo cómo entrega sus naranjas doradas,  
cómo cambia en dulzura la cicuta de hiel.  
Su manteo se aroma cuando toca las llagas  
como su mano blanca sobre la negra piel.

Contemplad el siniestro horizonte de proas,  
furioso, enloquecido por el olor del oro,  
las velas erizadas, y las rojas gaviotas,  
y el mar y sus guerreros como un bramido solo.

Mirad al Castellano con su espada, tan bello  
como un trozo de cielo vivo, blandiendo el rayo.  
Miradlo salpicado por la sangre y el fuego,  
cubierto por el viento, entero y solitario.

Escuchad al incendio de rugido anhelante  
recorriendo las calles, como una ardiente fiera.  
Mirad a los piratas con las manos brillantes,  
y en el pecho el perfume de violadas doncellas.

Mirad, mirad la peste, hermana de la muerte,  
con su vestido plomo y las manos marchitas,  
tocando con sus dedos las aterradas frentes  
de las gentes que caen, como flores malditas.

Mirad a los sitiados, mirad la triste fila  
saliendo por la puerta del Reloj, lentamente.  
A dónde van, a dónde siguen las pobres vidas?  
Al mar, tan sólo al mar, camino de la muerte.

Oh, campanas azules, dulces campanas de agua,  
doblád por esos muertos, sonad, sonad campanas.  
Encended en el fondo las estrellas marinas,  
sonad, sonad campanas, doblad por esas vidas.

Y tu ciudad, la heroica, de la muerte volvías  
con tus torres en alto, como regresa el día.



Junto al mar en reposo, sólo tu piedra herida,  
convaleciendo al sol, para seguir la vida.

Oh, ciudad donde el canto queda triste y desnudo,  
toda la tierra de Indias se cubrió con tu escudo.  
Laurel de piedra, espada, manto de luz y gloria,  
sangre en ramos, florido corazón y memoria.

Oh sombra, Oh piedra, Oh mar, Oh viento en la palmera,  
soy el hombre asombrado en la antigua ciudad,  
Oh, Cartagena de Indias, duro pecho de América,  
Ciudad sin tiempo, Diosa, Madre de Eternidad.

## SALTO DEL TEQUENDAMA

Allí encontré de nuevo,  
solitario, imponente,  
al desmedido rey  
de frenética espuma.  
Con su barba corriente  
que pasa y permanece,  
que viene alborotada,  
sigue, crece, se va,  
y no desaparece.

Ahí está el solitario  
en medio de su cohorte  
de montañas.  
Imperativo  
ante el amor frustrado.  
Invitando a la muerte,  
ofreciendo sus aguas,  
su noche, su distancia.

¡Oh, cuánto amor se fue  
saltando por tus aguas!  
¡Oh salto de la muerte!  
Salto de los que solos se quedaron,  
abandonando la postrera tabla.  
¡Salto de eternidad!  
¡Límite de agua!  
¡Salto del Tequendama!

## MINAS DE ZIPAQUIRA

Estaba Dios entre la sal,  
estaba  
aquella eternidad tan rezagada.  
Siempre acogida en la montaña,  
siempre  
con las ojivas de sabor y noche.  
Es volver a morir,  
volver a estar,  
tener la eternidad,  
volverse asombro,  
y perderse en la altura,  
que en la sombra  
no se detiene y sigue.  
Y sigue y llega  
hacia donde nos vamos  
cuando vamos desde nosotros  
hasta Dios tan alto,  
hasta aquel que llamamos  
El Altísimo,

y que está más allá de aquella sombra,  
y la mina de sal  
tiene infinito.

Allí en Zipaquirá de nuevo he estado  
concentrado en la gracia de estar vivo,  
y de sentir que muero, resucito  
entre las sombras de salado brillo.

## LA CASA DE EFRAIN

(Al Médico Colombiano Dr. Efraín Cabrera)

La casa de Efraín tiene una puerta  
donde se sienta el trópico y descansa,  
se despereza y cuelga de los árboles  
su ruana de colores y distancias.

Allí entre cocoteros y palmeras,  
niñas penquitas y estrellitas rojas  
leen, bajo sombrillas japonesas,  
la hoja ilustrada de la citriadora.

Mesitas de Colegio, así se llama  
el pueblo que es vecino de esta casa,  
y en aquellas mesitas no se enseña,  
pero se aprende lo que aquí se canta.

Y aquí se canta a no cantar se canta  
contemplando sin voz, y al panorama  
se trasmite el deber de la garganta  
y el cadencioso verde es el que canta.

Hay una que otra nube detenida.  
Hay ciertas nubes que parecen nada,  
que parecen más bien volutas de humo.  
Pericia de Efraín en su fumada.

El corredor de la amistad recibe  
como un amigo más, tan sonriente,  
que le da lo mejor al que lo vive,  
y todo es agua y es cariño ardiente.

La casa de Efraín no tiene noche.  
Si la tiene la oculta con decoro.  
Al sueño lo echo atrás con alborozo  
y como un pez me lanzo al día de oro.

La casa de Efraín no tiene límites,  
y la amistad es su única medida.  
La casa de Efraín es casa suya.  
La casa de Efraín es casa nuestra.  
¡La casa de Efraín es casa mía!

## TARDE DE BOLIVAR

Oh tú, el que recorres estas tierras.  
Embrujado jinete.  
Adivino de América.  
Pienso, Bolívar, en tu tarde triste,  
en tu abandono, cuando la luz ingresa en el crepúsculo  
para después llenar de estrellas a la sombra.  
Pienso en Bolívar triste, con su frente inclinada,  
en la tarde del Grande.  
Allí en San Pedro Alejandrino,  
vecino al mar de Santa Marta.  
Allí donde están los tamarindos que le dieron la sombra  
en los últimos días.  
Le sonrió la muerte entre los grandes árboles  
con su traje de novia,  
y él traía en el uniforme todo el olor de un continente.  
Allí están los objetos, los últimos contactos,  
bicornio de Junín, el bastón nacarado,  
restos de última cena y hasta el sorbo final.  
Y está el lecho vacío,



ipequeño cuerpo para tanta gloria!  
¡Y en el muro el reloj con los punteros fijos,  
espantado caballo al borde de la muerte.  
Y está la pobre mesa de la autopsia,  
donde su cuerpo fue distendido y abierto  
como carta geográfica,  
viendo entre sus costillas  
como entre paralelos  
su corazón calcando la figura de América.

Yo pienso en ti asombrado, ¡oh gran jinete mágico!  
Y con los ojos vueltos a la profunda tierra,  
musito en el silencio: Bolívar, Padre nuestro. . . .

## MARTHA ELENA DE ANTIOQUIA

Martha Elena de Antioquia, niña de claridad:  
Aquí he venido, atendiendo al llamado de tu lejana luz  
con mis ojos educados por el cielo del Sur,  
a deslumbrarme con tu resplandor,  
a deslumbrarme hasta cantar,  
para llenar al viento con la alabanza de tu imagen de sueño.

Y aquí estoy frente a tí, que vives en la luz  
como la dulzura en las frutas,  
como la perla en su gruta de nácar.  
En este valle prodigioso de Medellín,  
donde abre la tierra su apretado puño de montañas,  
estoy como un árbol lleno de cantos dormidos,  
esperando la llegada de tu alba,  
para soltar al aire su bandada de canciones.

Y aquí estoy, ante tí,  
en esta tierra en que la montaña y el hombre

se donan mutuamente sus fuerzas,  
y se transmiten sudor y piedra,  
sangre y madera,  
arduo desgaste y sucesiva esperanza.  
Tierra antioqueña que esparce su benéfico aceite  
por el extendido verde de Colombia,  
y que va más allá de las fronteras  
llevada por la aventura de sus gentes.

Yo amo y siento a tu tierra, Martha Elena,  
porque Antioquia es como una bella parienta de mi patria.  
Porque hay en nuestras razas la vieja raíz vasca;  
porque nuestras tierras son duras  
para entregar su oculta riqueza,  
porque nuestras gentes son nobles y directas  
y tienen en sus rostros el mismo gesto que en sus corazones  
y porque sienten el llamado de otros cielos,  
y salen sin temor al viaje,  
como árboles con vida  
que dejan la montaña, pero cuyas raíces  
no abandonan jamás el solar patrio.

Por esto Martha Elena,  
feliz soy de cantarte entre tus Montañas,  
que son la fuerza y la oración de la tierra.  
Las montañas, que son como los templos naturales,  
donde la tierra se arrodilla maravillada de su propio ser.  
Las montañas que piensan y que sueñan,  
y que llevan la carga del cielo en sus espaldas.

Y todos aquí estamos, Martha Elena,  
niña de claridad,  
en tu mágico Reyno.  
En tu fino palacio dibujado en el aire,  
construido de transparentes materiales,  
donde tú estableces el equilibrio de lo bello.  
Oh, mágico Reyno inagotable  
que nos es revelado con tu sola presencia.

Sutil relación de formas,  
distancias y colores.  
Basta que tú aparezcas, como la luna nueva  
y el silencio escribe la palabra Bella,  
en todas las murallas.

Gracias te damos  
por este claro Reyno entre la ruina del mundo,  
porque la belleza vence a la desolación,  
porque las flores crecen de los ojos de los muertos,  
y las lágrimas y los besos perdidos  
retornan en el rocío de la mañana.

Gracias te damos, Martha Elena,  
y te cantamos:

¿Te trajo el río, así ligera, así liviana  
como una mariposa de oro en las manos del agua?

O vienes desde el fondo de tu tierra,  
como el más valioso mineral,  
subiendo desde la oscura entraña  
hasta la superficie del aire,  
como la bella dormida en las manos del Mago?

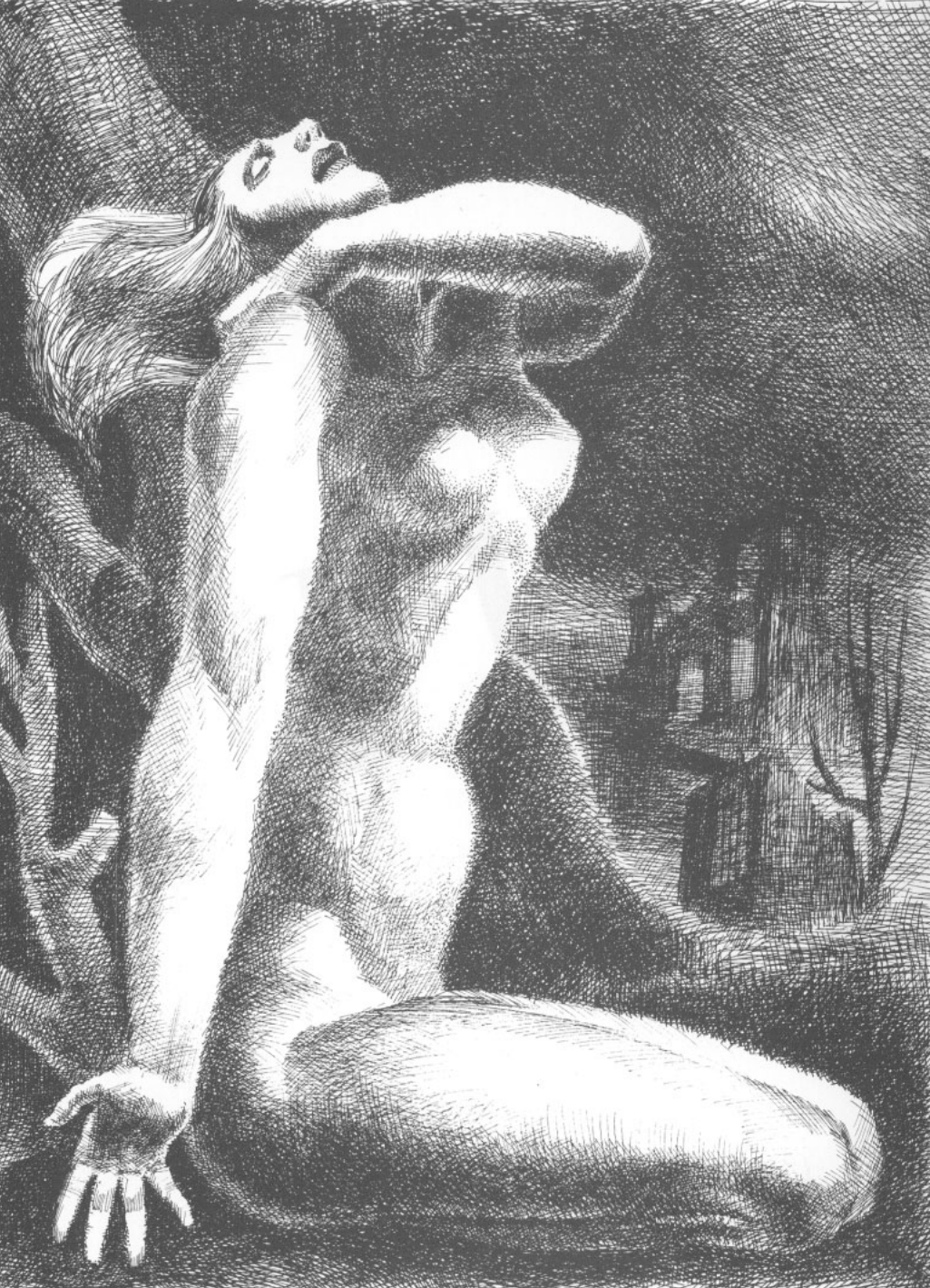
No sé,  
pero ahí estás iluminando nuestra noche  
con tu cabellera cardada entre la luz,  
el oro y el maíz.

Niña de claridad,  
metal puro de Antioquia.  
Tuyo es el imperio de la luz.  
Tu destello corre  
como savia por el tallo de los cristales.  
Tiembla en el sol del Mar,  
cuando un último pez mira la tarde.  
Se levanta en las copas de los príncipes.  
Vive en el rey y en el caballo de oro.  
Luce en las espuelas del jinete.

Sigue el relieve de los monogramas.  
Recorre el dragón de los mandarines.  
Llora en el velo de las vírgenes.  
Se desborda en el sol de los vinos maduros.  
Brilla en el corazón de las uvas apretadas.  
Cruza de tenues hilos el enjambre amoroso de las abejas.  
Se acuña en monedas antiguas y en el puño de las espadas.  
Se descorre por el marco de los espejos.  
Alegra el aire con las bridas de los lanceros.  
Se anuncia en la garganta de los clarines.

Se abre en la flor de la Maravilla.  
Cose el borde de azul en los crepúsculos.  
Borda las estrellas en el mantón nocturno.  
Y enciende todas las lámparas del mundo!

Niña de claridad.  
Progenitora del paisaje.  
En esta tierra de Antioquia  
donde el hombre es esfuerzo y voluntad,  
y la mujer es virtud y belleza,  
y ambos juntos son estirpe y afirmación de raza.  
En esta tierra de la orquídea y la fábrica,  
del pensamiento y de la acción.  
En esta tierra  
donde el hombre encendió las chimeneas y Dios encendió las flores.  
En esta tierra,  
Martha Elena, tu frente se ha ceñido  
con una corona de orquídeas de oro y plata.  
Pero tú,  
niña de claridad,  
sobre el sueño de los campesinos y de los mineros  
de Antioquia, eres como una catleya Aurea  
en la frente dormida de las montañas.





( Selecciones del Libro " Estados de Animo ")

Le temo y odio a ese hombre  
que se acuesta en mi cama,  
ese hombre con mi rostro y con mi cuerpo.

Cuando llego a mi cuarto, él siempre está esperando.  
Lo siento en el vacío, en la circundante soledad.  
El aguarda que el sueño pese sobre mis ojos,  
y al sentir que comienzo a caer al abismo,  
se apodera de mí y me ocupa, y sucede  
todo lo que él elige contra mi paz y mi reposo.

El maneja el incierto estado de despierto,  
apenas por el dato de algún objeto claro,  
y juega con mi mente, confundiéndome y dándome  
regresos donde espero recuperarme, y pierdo  
y pierdo nuevamente el piso del despierto,  
cayendo en el agónico que no llega a dormido.  
Pero al fin, ya vencido por idas y regresos,  
duermo, y el ser temible me maneja los sueños.



Abre ocultas despensas, saca de la memoria rincones de terror, patios vacíos, casas que existieron o nunca fueron reales materias. Acuden rostros jóvenes de un pasado profundo, suben como del fondo de aguas espesas, llegan ciudades donde nunca estuve y me sorprende perdido, deplorable, desconocido, solo.

Y al despertar, el sueño continúa el trabajo de mantenerme ajeno, royendo lo perdido.

Mi retorno total para sentirme vivo dura hasta la llegada del claro cielo nuevo, que hace que el enemigo vuele como un vampiro.

¡Pero, ay, Dios mío, cuando amanece nublado!

### III

Hay un alerta, un timbre de llamada. Suena como una clara voz azul.  
¿Hacia dónde es la seña?  
¿De dónde hasta mí llega tan insinuante y plácido este aporte de río?  
Es una invitación con olvido y futuro, una certeza repentina, una mágica fe.  
Un vislumbrar de caros tesoros en espera.  
Un poder, un impulso hacia el descubrimiento, la vocación de ver el revés de las cosas, de averiguar la esencia de lo que oculto vive.

La fuerza de estar vivo libre de la condena. Tal vez un anticipo breve de eternidad.

Henchidas van mis velas hacia un puerto ignorado, puede ser una isla de paciencia y silencio. Aspiro, sí, hondamente, el atributo de donaire, y seguro de mí, triunfal, transfigurado, afronto la aventura de perderme un momento en el secreto de la activa luz.

#### IV

Este corazón de hoy yo me lo he visto,  
logrado con su acento y sus colores.  
Creo que era en París. . . ., una pequeña plaza  
en la calle del Sena.  
La calle aquella entraba sin mostrar su destino,  
era una curva y se perdía,  
pero luego la plaza aparecía tan sola, tan sedante,  
tan dispuesta a dar ternura y paz,  
entre unos muros altos y severos, entre espaldas  
de edificios vetustos y antiguas torres, levemente asomadas.

Y estaba todo aquello bien rodeado de galerías de arte  
desde donde,  
nuestras miradas, dulcemente,  
sacaban las pinturas a la calle.

Llegaban las palomas y los niños  
y deparaban juntos el movimiento preciso.  
No sé lo que duraba todo aquello,  
sólo sé que ocurría en una grata bruma.

Así es, no tengo dudas, este corazón de hoy,  
inusitado.  
Así era aquella plaza de París,  
en el comienzo de la calle Sena.

#### VIII

Muy temprano, apenas atreviéndose  
a entrar el alba en este mundo,  
miro un árbol muy blanco,  
fantasmal y tranquilo  
como soñando aún,  
nevado desde dentro.  
Y viene a mi memoria,  
visto tal vez a la misma hora,  
un árbol negro, negro,  
que pasando pesares  
encontré en Katmandú.

Era un árbol distante, pero de grandes frutas,  
muy negras en los últimos momentos de la sombra.

Mas de pronto, como a una voz del sol, todas las frutas  
volaron en bandada,  
y la copa del árbol desbordó una celeste claridad.

Eran, sí, los murciélagos, los que pendiendo todos,  
allí dormían en las ramas,  
y huían a perderse, quién sabe a que otras sombras más lejanas.  
¡Katmandú! Oh, Katmandú, tú me ayudaste con tu valle,  
con la sonrisa de tu gente pobre, que volvía cantando del trabajo  
con tus pagodas en lucha contra el tiempo, con tu infantil  
pornografía.

¡Oh! Katmandú, tu luz benigna  
volaba de mis ramas los murciélagos.

## XI

Escultor desolado, contemplo mi taller.  
¡Todo está destruido! ¡Toda mi obra!  
¡Mis sueños! ¡Mis blancos sueños modelados!  
Mi cincelada aspiración, mi búsqueda,  
todo en trozos dispersos,  
huecos de cuerpos plenos,  
fuertes bronce de empuje, caídos, derrotados.

Todo esto fue una sola estatua imaginada,  
o, mejor dicho, un monumento inmenso  
con impulso infinito y dulzura en relieves.

Eran distintas cosas, todas de un solo todo,  
la aspiración indefinible, el deseo inefable.  
¿Cómo reconstruir la gran figura?  
¿Cómo urdir nuevamente el sueño inmenso?  
¡Oh, destrucción terrible! ¡Oh, escultor desolado!

## XIV

¡Adivinadme en esta polvareda!  
Soy el jinete en trance.  
Voy al ataque de algo.  
Un coraje me impulsa.  
Un encuentro de fuerzas contenidas.  
No veo nada, no diviso nada,  
ni siquiera los viejos molinos del Manchego.

Es un impulso hacia invisibles cosas  
una fuerza lanzada como un grito  
en la bóveda oscura del silencio.

El fulgor de una espada inexistente,  
una pasión por abatir lo oculto,  
lo que atenta en la sombra, lo que acecha.  
Un hacha a dentelladas, sin el bosque.  
Un huracán para volar jardines.  
Una música bronca, un arduo empeño  
de arrasar lo contrario, lo que impide  
que crezca el mar y alaben mis montañas,  
y se entonen mis minas con sus voces profundas.

## XVI

Recordamos los plácidos momentos, las mesas familiares,  
los amigos,  
todo lo que ha partido sin regreso.

Recordamos los momentos terribles,  
aquellos que acuñaron en nuestro último fondo  
su sello duro, su moneda imborrable.

Pero nos olvidamos de nuestras salvaciones,  
de los grandes peligros que sorteamos,  
de los riesgos corridos.

¡Oh, cuántas veces me he salvado!  
¿Por qué olvido mis salvaciones múltiples?  
Porque ocurridas parecen naturales,  
porque parece que toda salvación es merecida,  
y el dolor es injusto  
y premio la alegría.

Vivimos junto a una catástrofe que nos consiente,  
junto a muchos rigores que nos cercan y perdonan.

Sólo el que cree ciegamente en la pasajera felicidad  
puede vivir nadando en el olvido.

Pero hoy puede caer esta muralla;  
pero hoy puede llegar una noticia horrible, inesperada.

Juntemos nuestras dichas perdidas, las desgracias terribles,  
y con las salvaciones compensemos al necesitado corazón.

## XVII

Conozco un pueblo solo, abandonado,  
donde no queda nadie,  
ni unos vecinos viejos que comenten  
los hechos del pasado.

Es posible entrar libre a las casas vacías.

Hay muebles rotos, viejos, hay espejos quebrados;  
hay sombra, mucha sombra, el sol se desvanece,  
y los jardines secos están al fondo echados,  
como animales muertos.

Hay una iglesia derruida,  
su campanario mudo, con la campana inmóvil,  
oxidada.

Hay una playa antigua,  
y la férrea osamenta permanente,  
de una maestranza vieja, que pereció.

No hay aliento, no hay brisa,  
no hay hojas en que puedan demostrarse.

Conozco un pueblo solo, lo siento, lo camino.

Ese pueblo está en mí y se me aparece  
ese pueblo fantasma.

## XVIII

Cuando yo muera, recuérdame tan sólo  
cómo seré aquel día.

No me recuerdes vivo, para ello  
no es necesario esperar el final.

Puedes hacerlo ahora,  
hasta con la esperanza de revivir las cosas.

Porque cuando yo muera  
nada se irá conmigo.

Todo habrá partido antes,  
como un equipaje anticipado,  
y estará de igual modo en la memoria  
o extraviado en un punto del olvido.

Nuestros placeres, nuestros hechos,  
nuestros actos humanos y divinos,  
son el consumo diario de la vida,  
son sus manjares y sus viejos vinos.

Por todo esto te digo, cuando muera  
tú no perderás nada, pues antes todo fue perdido.

No será con la muerte que me recuerdes joven,  
recuerda tristemente mi juventud ahora,  
y nada cambiará por estar muerto o vivo.

Recuérdame tan sólo cómo seré aquel día,  
rígido y silencioso, cumpliendo la sentencia inapelable.

## XX

Mi mellizo de vidrio que vive en el espejo,  
pretende, complaciente, mostrarme en su reflejo  
mi rostro de otro tiempo.

Yo le sonrío y le agradezco,  
pero me muevo y me regreso,  
me recupero y siento lo vivido,  
eshecho, consumido, profundamente hundido.

Al fondo de mi mar, la juventud,  
que quisiera flotar, subir las aguas imposibles,  
la juventud dilapidada, la fortuna del corazón,  
el calor de la sangre, la primavera destrozada.

Es inútil pedir los nuevos frutos,  
los árboles no se abren

guardados ciegamente en sus tercas maderas.

Miro al vivo jardín, allí todo regresa,  
por las ramas desnudas vuelven hojas y flores.

La fuerza de la tierra desaparece y vuelve,  
y los árboles lucen nuevamente sus vestidos nupciales.

Es inútil, hermano, que tanto te pareces,  
y que a veces pretendes engañarme  
reproduciendo, aproximadamente, el conservado rostro  
de los pasados años.

Es inútil, hermano, vamos llegando a viejos,  
resígnate y retorna al fondo del espejo.

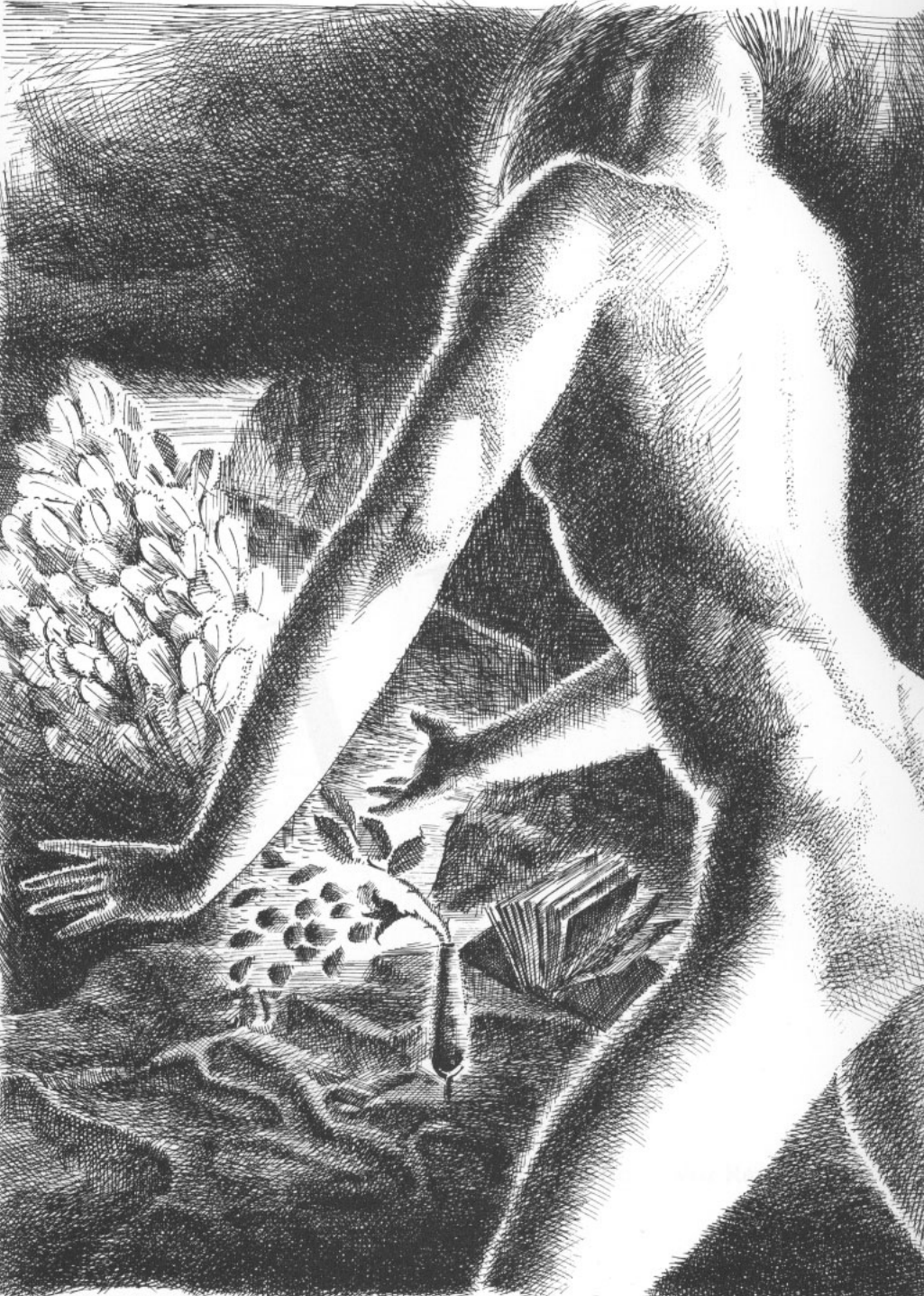
## XXIV

Hoy quiero abrirme el pecho suavemente,  
así, sin sangre, como si rasgara  
una delgada vestidura,  
y encontrarlo colmado de una copiosa luz,  
como un cristal atravesado.

Incorporarme luego, levemente,  
en una armónica, gradual levitación,  
y realizar una inmersión inversa  
de nadador celeste.

Saturarme de paz,  
de esta luciente paz que llega de la altura  
a las doradas piedras,  
dotándolas de reposada vida,  
como frutas inmensas y dormidas.

Así escucho el llamado que en la atmósfera tiembla,  
el relumbre atractivo,  
lo que invita a cegarnos ante nosotros mismos,  
y abrir lo ojos plenos  
sólo a la luz, sólo a la luz.







( Selecciones del Libro " Voz Reunida " )

## CUECA

He escuchado un sonido de estrellas  
en un pueblo del sur del país.  
Una estrella de plata, una espuela  
que me ha puesto la oreja feliz.

Tintinear en la tierra sureña,  
punta y taco del cielo de Abril.  
¡Cómo agita su nube en el aire!  
¡Viento huaso, qué gran bailarín!

Qué entusiasmo en las hojas que animan  
esta cueca danzada sin fin.  
Entre el Cerro Ñielol que contempla  
y la enagua del río al fluir.

Qué entonada la abierta guitarra  
de la lluvia de cuerdas de a mil.  
Y qué limpio está el aire y brillante  
con el lujo de un claro barniz.

Es alegre la lluvia y el viento.  
Temblor de agua es la flor del jardín.  
La madera acompaña la fiesta  
bajo el toldo del cielo de añil.

Ya está un pie terminado y el sol  
da su chicha dorando el confín.  
Pero vuelven las cuerdas del agua  
y otro pie para el viento en Cautín.

## MISA

Arrodilladas oran las montañas,  
silenciosas, tapadas,  
como grandes señoras religiosas.

Su rosario de piedras  
reza el río.

El órgano del bosque  
acompaña el silencio vespéral  
con un rumor de leve ruido.

Devotamente asisten  
sombras anticipadas  
al oficio.

Un evangelio de fragancia suma  
esparce su palabra  
entre la bruma.

Y el Monseñor nocturno  
con ternura  
levanta la hostia de la luna.

## COMPATRIOTA MAR

Maravilloso mar,  
gran compatriota nuestro.  
Mar variado,  
yo miro tus pinturas.  
En Arica amaneces con la niebla desnuda,  
hundida, sí, hasta la cintura.  
Después te vuelves tan azul y sereno  
frente a tu Antofagasta,  
y te encabritas en el Norte Chico.  
Hasta negar tu nombre de Pacífico  
en las Alturas de Coquimbo.  
Y después sigues, sigues,  
y te urbanizas en Valparaíso  
con barcos de edificios flotantes y de luces,  
pero luego te pierdes libre y solo  
por el camino hacia Concón.  
Y al fin te vas al sur,  
y en Puerto Montt te pones  
ese hule fino tan brillante

de los verdes canales  
y partes por entre islas  
pastoreadas por pequeñas iglesias.  
Y originas aquellos sitios mágicos  
como San Rafael,  
donde flotan los témpanos tan blancos,  
en los cuales un bello mimetismo  
 cincela formas marinas,  
figuras de pájaros o ángeles,  
como un cementerio de encanto,  
í como una obra de arte de la muerte!

¡Oh mar! ¡Maravilloso mar chileno!  
Gran compatriota interminable,  
tú estás en nuestras glorias, en nuestro ser  
y en nuestros alimentos.  
El chileno que no te ha visto  
te adivina.  
¡Tú con la Cordillera nos criaste,  
mar padre de nosotros!  
¡Te amamos con tus caballerías desatadas,  
con tu corona de pájaros,  
con tus marinos muertos en el fondo  
y tus paisajes sumergidos!  
¡Oh mar de los chilenos!  
¡Maravilloso mar!  
¡Oh mar maestro de la gran aventura!  
Para ti nuestras preces, nuestras gracias.  
¡Oh mar nuestro de cada día!

## LAS RAICES

Fui a Vasconia buscando mis raíces,  
y ahí encontré a Guernica, al viejo tronco  
como rodilla rota.  
Sentí que desde el suelo me subía la sangre  
hasta mi corazón acelerado.  
El impalpable origen, el perdido,  
estaba ahí rodeándome  
en un reencuentro con lo que uno mismo  
tiene en sí de ignorado.

Unos son casa nueva, otros son casa vieja,  
mi nombre es casa al fondo o entre cerros.  
Y junto al árbol vi mejor la sombra  
del militar antiguo,  
del que fuera en mi tierra el que llegó  
desatando la vida,  
como un aporte de caudal y brío.

Sentí manar todo el amor oculto  
por esta fuente de mi vida,



por esta raza fuerte  
que trata el pan, el cuero y la madera,  
sin preocuparle nada que acaricie  
la delicada piel con suavidades.

Y así, así es Bilbao, así, nervudo, serio,  
danzando con espadas,  
lanzando la pelota duramente contra los fuertes muros,  
con su ceño de nubes,  
y fumando la pipa de sus fábricas.

## MUDANZAS

Somos como una casa  
donde ha vivido gente que se ha ido.  
Somos nosotros mismos que nos hemos cambiado.

En mí primero estuvo un niño triste,  
preocupado del cielo y angustiado,  
sin comprender en dónde terminaba.

Después vivió un muchado adolescente,  
pálido y aterrado,  
sufriendo con hallar una puerta cerrada,  
débil ante la muerte del padre, que rondaba.

Y vino el joven que escuchaba un canto  
y abría las ventanas a un jardín que se movía en su alma,  
y que tendió los brazos al amor,  
a los humanos hechos y a las noches más largas.

Después me habitó el hombre, el hijo vuelto padre,  
el acosado por los violentos hechos,

y de pie en la tormenta, Dios y la voz  
me acompañaron.  
Si me pregunto ahora: ¿ Para qué vive uno?  
Me debo responder: Para todo eso.

Para lograr al hombre acumulado,  
como una vieja casa poblada de fantasmas de nosotros.  
Las vidas que pasaron nos dejaron  
lo que somos ahora.  
El recuerdo está lleno de sorpresas  
y de pronto aparece en el olvido.

Pero hay algo seguro,  
y es que siempre yo fui para mis vidas  
una casa sombría.

## LO PASADO

No es mi trabajo laborar mi resto.  
Mi trabajo es dar forma a lo pasado.  
Mi voz no está en esbeltos campanarios,  
mi voz está en los sótanos callados.

Mi voz está en profundos subterráneos.  
Venciendo pesadumbres se desata.  
No tienen mis palabras guiños de oro,  
sino templanza de la vieja plata.

Prefiero a la corona deslumbrante  
el recogido ser de la armadura.  
A veces en la luz creo salvarme,  
y en la luz se deshace mi figura.

Mi voz está enterrada, averiguando  
las cosas que hay debajo de las cosas.  
Mi voz está aplastada por murallas  
o vive en las cavernas prisionera,  
pero sé que ésta voz encadenada  
sufre el dolor de ser y siempre espera.

## GRAVE COSA

Tener futuro.  
¡Oh bella cosa!

Si la nervuda rama  
con promesa de fruta  
ise siente mano dadivosa!

Delirio del botón,  
se abre la rosa.

Donde no había nada  
aparece una cosa.

Regazo de la vida  
milagrosa.

Sólo tener pasado.  
¡Oh grave cosa!

Sólo la sombra de la rama.  
Sólo la sombra de la rosa.

No queda nada  
donde había una cosa.

La memoria se llena de tierra,  
de rincones, de figuras borrosas.

Deshecha en el vacío  
toda mano piadosa.

Sólo tener pasado.  
¡Oh grave cosa!

Rama sin fruta  
Olor sin rosa.

## LA ESPERANZA

Como el día que empuja  
penetrante y dorado,  
quiero entrar en las cosas,  
penetrar, traspasarlas,  
penetrar y seguir.  
Quiero entrar en el agua,  
y ser el agua misma, animado cantar.  
Caminar, recibir  
a la brisa que vuelca  
sus bondadosas manos,  
quiero andar y seguir  
sin un objeto claro,  
ir al encuentro de algo,  
de un misterio señero,  
de un llamado que viene  
de un oculto lenguaje.  
Hay misterios que alegran.  
Hay anuncios que alientan.  
La claridad es himno de calladas trompetas.

El corazón alado cambia de ramas altas.  
Desde el cielo nos miran pupilas complacientes.  
Nos vamos por los ríos, nos vamos.  
¡Oh la esperanza!



## DIOS TUVO UN HIJO

Era una vez un hombre  
que nació de una virgen.  
Su marco fue un pesebre  
con Reyes y una estrella.  
Su infancia entre virutas  
y asombrados doctores.  
Después, un río oscuro  
de años desconocidos.

Unos hombres de fuego  
lo anunciaron.  
Del costado del cielo, por el hombre,  
manaría la sangre.  
La voz de Dios vendría  
adentro de su voz,  
como cursa en el agua del río  
la corriente.  
Por las tiernas ventanas de sus ojos  
se asomaría el Padre.

Será el esperado, lo anunciaban  
unos hombres nacidos en los siglos.

Después volvió por las montañas, iba  
entre pobres y niños, entre gentes de los padecimientos.  
Le creían.

En sus manos llevaba los ojos de los ciegos,  
y de los paralíticos empuñaba el movimiento.  
Multiplicaba el número plateado de los peces.

El marfil de sus manos pasaba por las llagas  
como una brisa por las flores.  
Iban sus pasos por el agua, su túnica viajaba,  
era un blanco velero que él mismo tripulaba.  
Desde la sorda muerte su voz era escuchada.  
Los muertos regresaban.  
Y del cántaro de agua al vino lo escanciaba.  
Sufría y perdonaba, con sus lágrimas  
le bañaba los pies la pecadora.  
Sufría y perdonaba, con sus lágrimas  
le bañaba los pies la pecadora.  
Sufría en soledad, las aceitunas  
con sus negras pupilas junto con él lloraban.

Era en Cafarnaúm, era en la antigua Sinagoga,  
cuyas columnas, destrozadas por el tiempo, viven,  
donde el judío oraba.  
Y en las tardes, después de sus encuentros con Dios,  
sus sabios pescadores lo esperaban  
en el pequeño puerto de piedra eterna,  
en el celeste mar de Galilea,  
donde el Jordán se pierde, el transparente río  
en cuyas aguas  
entró su cuerpo humildemente,  
recibiendo inclinado en la dócil cabeza  
la lluvia pura de su suave nombre.

El poder le temía,  
el poder bajo el brillo  
de las duras corazas.  
Al poder lo cegaban sus miradas.  
Le aterraban sus castigos airados

para los mercaderes,  
perturbadores de oraciones.  
El poder le temía porque hablaba de amor,  
y los humildes, los solos, sin consuelo,  
lo seguían.

Era como una torre rodeada de palomas,  
por él sonaba el cielo para todos.  
Los seres le creían,  
y en las tinieblas Dios estaba en ellos  
viendo la luz del hijo en nuestra tierra.  
Los sepulcros blanqueados ante él enrojecían,  
y en su día de triunfo se inclinaron las palmas.

En la cena final tuvo el presentimiento,  
entregó el pan y el vino como el cuerpo y la sangre.  
Fundaba, producía, encendía el camino de las generaciones.  
Pero los de este mundo lo azotaron,  
vejado, descolgado en la prisión de muro ciego.  
Rosa de sangre viva coronada de espinas.  
¡Cómo he sufrido! Oh, sí, la amarga calle,  
sintiendo el peso de tu cruz, tus violentas caídas,  
tu dramático encuentro con la transida madre,  
el lienzo de Verónica empapado con tu doliente rostro.  
Cerca de dos mil años después yo te he llorado,  
prosternado a la vera de tu sepulcro santo.  
He caminado absorto por todo tu calvario,  
sobre las mismas piedras, aspirando el mismo aire,  
y he sentido que fuiste, que exististe y moriste,  
ofrendando la vida por nuestras salvaciones,  
y que todo está allí, que la huella subsiste,  
que el tiempo destructor te ha grabado más firme.  
Y que todo ocurrió, y seguimos hablando  
como de algo reciente,  
y cada año tú naces entre nuestra alegría,  
y cada año te mueres llenándonos de luto.

Tu estampa fue en el Gólgota  
con el cielo de El Greco.  
En brazos de la madre, tu cuerpo lo más triste  
en el descendimiento.  
Mas, desaparecido, vinieron sus regresos,  
y como aire cruzabas por las puertas cerradas.

Ponía el estupor tu visita divina.  
Tomás por su certeza debió tocar tu llaga.  
Después fue tu retorno deslumbrante  
hacia el eterno Reino,  
pero quedó tu siembra,  
y oscuros labradores  
te cultivaron fieles entre las catacumbas.  
Hasta que al fin saliste al sol  
como las vides,  
para dorar al mundo.  
Y continúas vivo entre los vivos,  
uniendo y pastoreando,  
señalando el camino a los perdidos,  
muriendo, y renaciendo,  
entregándote, dándote,  
reconfortando al triste con tu fuerza y dulzura.  
Mostrando el esplendor del corazón  
que se te abre en el pecho con su sagrada luz.

Nos legaste una era,  
con una cruz abierta en su comienzo  
como un abrazo de madera.